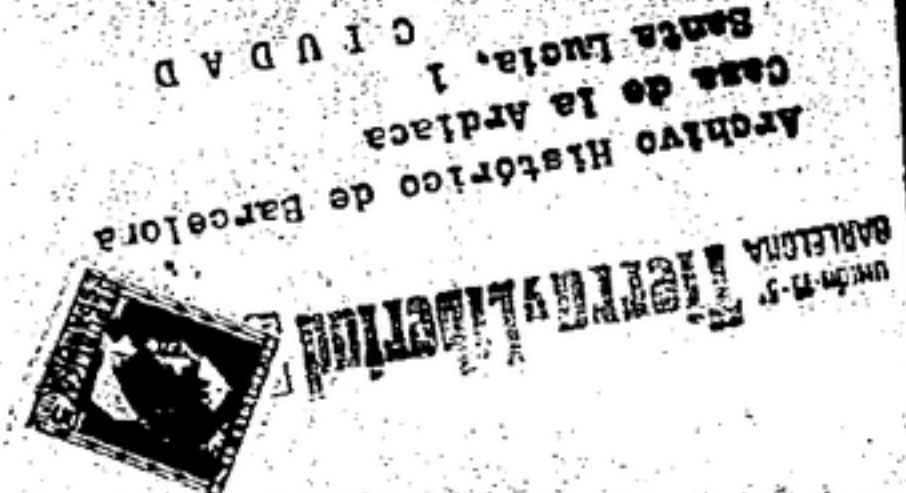


# Tierra y Libertad



Valencia, 5 de Noviembre de 1935

SEMANARIO ANARQUISTA

NUM. 12 - 15 CENTIMOS

## La anarquía no se estanca jamás. Va a la vanguardia en la lucha, en ética de sus militantes y en progreso

### La Anarquía, animadora de todo progreso

Los anarquistas no queremos que se cotice nuestro esfuerzo, que se ponga nuestro nombre al pie de cada conquista de libertad y de justicia; no aspiramos a que los beneficiados nos pasen en moneda de genuflexiones, de actas parlamentarias o en otra forma cualquiera, lo que hayamos hecho por la sociedad en que vivimos; olvidese nuestro nombre, nuestra actuación, nuestro significado, pero que se respete y se comprenda y se afiance aquello que para nosotros es más importante que todas las pequeñas vanidades personales o de partido, más importante que nuestra propia vida: el progreso social, económico, intelectual y moral, de que somos, sin duda alguna, los más consecuentes animadores.

En pago de nuestra labor, de nuestros esfuerzos, de nuestros sinsabores y penurias nos basta la satisfacción íntima de realizar una obra digna. No queremos estatuas ni laureles; más grande que todos esos honores y glorias es nuestra convicción de ser útiles a la felicidad y al bienestar de la humanidad en la dura contienda en que estamos empeñados.

El progreso social, económico moral, intelectual—y la identidad entre progreso y revolución es a veces absoluta—puede hacerse por obra directa, como fruto de la acción del propio movimiento emancipador, o puede llevarse a cabo por nuestra influencia, nuestra presión, nuestro estímulo en todas las corrientes de ideas, movimientos, etc. Es incalculable lo que, hecho por otras fuerzas, partidos, ideologías, se debe a nuestra intervención estimulante, a nuestra acción animadora de todo lo bueno, lo bello, lo verdadero.

Por temperamento y por convicción estamos siempre de parte de los que miran al porvenir, de los que reivindican la justicia contra la iniquidad, de los que se atrincheran tras los privilegios contra el derecho a vivir de los más, con los que investigan audazmente la verdad y saltan todas las barreras en pos de la belleza, con los que defienden su libertad y su personalidad aunque lo hagan defectuosa y precariamente. Sentimos odio a la tiranía, a la opresión, a la explotación de los débiles por los fuertes y aunque sabemos que muchas actitudes no curan radicalmente el mal y que el daño arrojado por la ventana vuelve a entrar triunfalmente por la puerta, no rehusamos nuestro concurso; nuestro apoyo a todos los que combaten sincera y honestamente contra el gran enemigo del progreso, cualquiera que sea el frente de lucha elegido.

Si a ejemplo de los especuladores llevásemos cuidadosamente el libro mayor del Debe y el Haber, exhibiríamos hoy altivamente el balance precioso de nuestra obra de tres cuartos de siglo de militancia incansable; pero no nos ha interesado nunca poner nuestra firma al pie de la ingente labor y no nos sentimos apenados ni amargados porque adventizos de las contiendas sociales se atribuyan victorias en que no han tenido arte ni parte. Repetimos que no pretendemos que nuestro esfuerzo se cotice.

Si miramos al pasado es para afinar mejor nuestra puntería, y el pasado nos dice que hemos cumplido con nuestra misión y que hemos hecho bien, tanto cuando hemos obrado directamente como movimiento concreto, cohesionado, organizado, como cuando hemos actuado indirectamente, favoreciendo, alentando, cooperando en toda noble causa, en toda reivindicación legítima. Y así obraremos en lo sucesivo. Sin perjuicio de dirigir nuestra fuerza organizada en la dirección de la libertad y de la justicia, sabemos que la obra del progreso no es obra de partido o de fracción, sino un complejo de factores en el que no es posible hacer selecciones arbitrarias. Por eso nuestro campo de acción es el más vasto, no en tanto que resultado de una amplia concepción del progreso, sino porque nuestra posición mental nos permite acudir espontánea y desinteresadamente a todos los frentes donde se combate por reivindicaciones justicieras.

La anarquía es la gran animadora del progreso y está allí donde se lucha por la libertad, por la justicia y por la verdad. En nuestra historia limpia, pura, sería una mancha imborrable nuestra pasividad o nuestro desinterés ante cualquier reivindicación progresiva. Donde quiera que se lucha por un porvenir mejor, por una conquista moral, material o intelectual en sentido de avance, de superación, de perfeccionamiento, los anarquistas han de ocupar siempre el primer puesto, la primera línea.



La guerra ha sido siempre un negocio fabuloso para algunos. Mientras los pueblos sufren los rigores del hambre y se degeneran por el pauperismo y la miseria fisiológica, una clase social amontona riquezas, que exhibe con orgullo insultante

## LA GUERRA SIGUE...

La guerra sigue. No concluirá, por lo que a Abisinia respecta, hasta que los tigres prestos a devorarla se hayan puesto de acuerdo. Entre tanto, la sacratísima Sociedad de Naciones continúa su labor a destajo y con horas extraordinarias: "Hay que hacer, respetar el Pacto" Y los socialistas de nuestra tierra, locos de contento. La guerra exige un saboteo a fondo por parte de los trabajadores. Nada de confiar en la luna, que es a lo que equivale confiar en la Sociedad de Naciones. Somos nosotros quienes hemos de poner término a la tragedia iniciada e impedir que estalle la hecatombe que se cierna.

Nosotros los trabajadores de todo el mundo. Laboremos contra la guerra, no con discursos y literatura solamente. Nuestro terreno es otro y más fecundo. Y nuestra labor, doble: contra la guerra y contra la neutralidad colaboradora que forra de billetes a los capitalistas. Tengamos en todo instante presente nuestro deber. Y hagamos honor a nuestros postulados de paz y propaganda de fraternidad entre los hombres, no entre las vicelimas y los verdugos. Un obrero es un hombre. Un capitalista, un explotador del sudor ajeno, no es un hombre, es un vampiro.

¡Contra la guerra, siempre, camaradas!  
¡Y contra la patriótica neutralidad que explota la guerra!

Como todo país que se rige más por la emoción que por el razonamiento, el nuestro ha sido siempre más propicio a todas las variedades del parasitismo.

Resulta, sencillamente, una vergüenza sin nombre el hecho de que en el Penal de Burgos haya aún 27 presos gubernativos y en la celular de Barcelona una docena, y tanto los que directa o indirectamente obedecen al encarcélamiento aparecen hoy ante la opinión como vulgares estafadores, de conducta inmoral a todas luces.

Y es así. Seis meses reducidos por capricho gubernamental de unos truhanes que han llegado a ministros muy fácilmente y con muchos meritos que el Peraldo llegó a rey de Sierra Morena.

¿Por qué no se pone en libertad inmediatamente a esos 27 trabajadores compañeros nuestros, siendo así que la totalidad de gubernativos—con exclusión de éstos y de los que quedan en la Modelo de Barcelona—han sido liberados?

¿Por qué se mantienen esas prisiones?

El Gobierno tiene el inequívoco deber, no sólo de decretar su libertad sino también de dar una explicación al pueblo que trabaja, que es al que pertenecen los obreros encarcelados, de tan arbitrarias detenciones que se prolongan meses y meses destrozando hogares y familias a los que se suma en la miseria más espantosa.

Pero sí, ¡háblele usted de deberes al Gobierno que hizo de Asturias un zocol! Ya tienen bastante faena sus miembros con limpiarse unos las manchas y otros las salpicaduras que les ha dejado el "affaire" del juego...

En España se reproduce con vergonzosa y dolorosa frecuencia lo de las prisiones gubernativas. Es algo así como un aflción crónica en los que mandan, sea cual fuere su significación política. Y tenemos que las víctimas del capricho ministerial o policíaco son siempre obreros. Hasta ahora no hemos visto preso gubernativo a ningún estafador elegante, a ningún chantageista con acta, a ningún ministro venal, a ningún contrabandista millonario, a ningún ladrón. Tenemos, parece, la exclusiva nosotros los obreros. La exclusiva para ir a la cárcel y para pudrirnos en ella por orden de Excelencias y Señorías que se han pasado la vida presumiendo de conducta honrada, y luego, en un buen día, publican los periódicos a toda plana un historial—el suyo—como para sentar plaza vitalicia en la Guayana francesa.

¿Qué vamos a decir más de las prisiones gubernativas?

Lo hemos dicho todo y repetido millones de veces: que son una usurpación delictiva, un latrocinio infame, un acto innoble, una cobardía, una vergüenza piramidal, una demostración de absolutismo, una chulería ministerial. Y más: una canallada.

No nos queda otro recurso que reafirmarnos en lo tantas veces dicho.

¡Y esperar a que el mundo obrero y revolucionario se levante con unánime gesto contra el odioso procedimiento de encarcelar gubernativamente a los trabajadores, sin motivo ni intervención judicial, y haga morder el polvo a los cobardes que cultivan un inícuo proceder!  
No cabe hacer otra cosa.